

Maestro por primera vez

José Alfredo Segura Solórzano
Escuela Primaria Emiliano Zapata, SEGE
peyi1001@gmail.com

La primera vez que se tiene la oportunidad de ser maestro puede ser angustiante, agradable o una mezcla entre ambas. El nerviosismo, la curiosidad y el deseo rodean lo que sin duda se convierte en una experiencia inolvidable. Queda claro que la vida es así, una construcción a base de experiencias y no de las experiencias de otros, ni sólo de lo que se lee o estudia, no, más bien de lo que se vive en primera persona, y, que conlleva emoción. Dice el Dalai Lama que uno entiende el sentido de su vida cuando vuelve la mirada atrás y ve todo lo vivido.

En pláticas formales e informales con colegas docentes, he escuchado una y otra vez acerca de los sentimientos experimentados en nuestras historias sobre la primera vez que entramos a un salón de clases para estar a cargo de un grupo de alumnos. Entre las anécdotas se aprecian algunos sentimientos, por ejemplo, de dolor al tener que dejar nuestra casa, despedirnos de la familia, de los amigos, de la cama, de la almohada favorita, de la televisión e incluso de la regadera. Algunos, los más afortunados, no tuvieron que enfrentarse al miedo e incertidumbre por irse lejos con rumbo a lo desconocido, sus experiencias de la primera vez fueron más agradables y cercanas a casa.

Mi nombre es José Alfredo Segura Solórzano, Mtro. En Educación Básica por la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 241. En este espacio de divulgación narraré la experiencia de mi primera vez como “maestro”. Me refiero a maestro entre comillas ya que inicié en la labor docente a la edad de 15 años, recién egresado de la Esc. Telesecunda-

¹ Maestro en Educación Básica por la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 241. Docente en Educación Primaria, Escuela Primaria Emiliano Zapata. ORCID 0000-0002-0633-4365

ría “Amanecer” en el Ejido Socavón, Villa de Reyes. Desde el primer día que entré a un aula siendo el docente a cargo, tanto niñas, niños, madres, padres y comunidad me llamaron ¡MAESTRO!

Pero, ¿Cómo fue que comencé tan joven?, Un día recibí la invitación para formar parte del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE) como Instructor comunitario (IC), las circunstancias de mi contexto familiar me llevaron a aceptar, fue así como en el año 2007, una tarde emotiva, empaqué mi maleta con artículos de higiene personal, unos cambios de ropa y el paquete de Herramientas para el IC que me proporcionaron en la Sede Regional durante la capacitación intensiva para dirigirme a la Comunidad “Los Terreros” en la que impartiría el servicio educativo.

El sol era imponente, el viaje fue largo, mi comunidad era de las más alejadas del Municipio de Zaragoza por lo que tuve que trasladarme desde un día antes de que comenzara el ciclo escolar. En compañía de la Capacitadora Tutora (CT), ambos íbamos muy nerviosos pues no sabíamos cómo nos tratarían y tampoco conocíamos el camino, decidimos pagar un flete, para colmo el hombre aquel tampoco conocía la ruta, al llegar a un lugar de nombre “El Patol” cuestionamos a una mujer que acarreaba agua de un arroyo: ¡Buenos días! disculpe ¿Para dónde queda la comunidad Los Terreros?, por suerte y con su orientación, solo tuvimos que regresar algunos minutos y tomar la dirección correcta.

Por fin la escuela frente a nosotros, bajamos del carro y sorprendidos por el paisaje en el que descubrimos al observar, que apenas había unos nopales doblados por falta de agua, las casas de los alrededores parecían abandonadas y que decir de la escuela, tenía aspecto decaído y con baños poco higiénicos. Nos miramos uno a otro con una mirada atemorizada, yo esperaba que la compañera capacitadora me dijera ¡vámonos de aquí!, pero era claro que esa propuesta no saldría de su boca, así que antes de que el coche lograra dar la vuelta y salir de la comunidad, le propuse que nos regresáramos, lo dudó un momento pero prefirió que primero conociéramos el lugar y buscáramos a la presidenta de la Asociación Promotora de Educación Comunitaria

(APEC) para entrevistarnos con ella y así avisara sobre una reunión en la escuela y formalizar así la instalación del servicio y del Instructor.

Mientras miraba como se alejaba el carro y la posibilidad de regresar me sentí solo, triste, angustiado, no sabía si reír o llorar, esos sentimientos se aliviaban un poco al saber que la compañera estaría la primera semana conmigo. Nos dirigimos con nuestras enormes mochilas azules a la casa que estaba justamente detrás de la escuela, gritamos fuerte: - ¡Señora!, de inmediato salió una mujer y por suerte nos dijo que ella era la presidenta, que nos estaba esperando. Nos pasó amablemente a su casa, nos ofreció unos bancos para descansar y algo de comer.

Más tarde, realizamos la reunión con padres de familia en la que se acordó sobre la alimentación, hospedaje, horario de clases, faenas de limpieza, acondicionamiento del aula y lo relacionado con el servicio educativo.

El sol pronto se ocultó en los enormes cerros, nos dirigimos hacia donde nos hospedaríamos, llegamos y lo primero que hicimos fue acomodar nuestras cosas personales, después nos pusimos a platicar de lo que sentimos al llegar a ese lugar desconocido, soltamos la risa al recordar nuestras caras de impresión, entre bromas y anécdotas se hizo de noche, entonces decidimos descansar. Fue un descanso sin sueño, sin imágenes. Por la mañana el cuerpo se sentía cansado, desayunamos en la casa de la familia que nos daría alimentación esa primera semana.

Al llegar a la escuela, pude mirar a un grupo de niños expectantes, sus ojos me escudriñaban. Pasamos al salón y de repente ocurrió, mi mente decidió apagarse. Yo, que tenía perfectamente planeado lo que iba a hacer en ese momento, que incluso ensayé varias veces cuáles serían las primeras palabras que dirigiría a aquellas niñas y niños, pero al momento de hablar ¡estaba mudo! Después de unos momentos, que me parecieron horas eternas, las palabras tímidas se animaron a salir poco a poquito, les di una bienvenida más bien tímida, la capacitadora solo observaba sin intervenir y nos pusimos a trabajar con la primera actividad que tenía programada en mi cuaderno de planeaciones.

Los niños se mostraron reservados, realizaron las actividades tranquilamente. Por la tarde, después de un día de trabajo muy pesado para mí, los niños se fueron a casa y la escuela volvió al silencio con el que la encontré. La capacitadora tuvo que retirarse esa misma tarde. Miré los cerros tan grandes que rodeaban la comunidad, me sentí atrapado, el viento soplaba con fuerza y en esos momentos, aunque recordaba los motivos que me llevaron a presentar el servicio, sentía un hueco y una necesidad terrible de salir de ahí. Faltaba un rato para la hora de la comida, así que decidí acomodar un poco el salón para hacer un poco de tiempo.

Esa tarde fue larguísima ya que no tenía con quién platicar y a diferencia de la noche anterior no pude conciliar el sueño tan rápidamente como hubiera querido, me sentía inquieto, con miedo, pues hasta ese día no había dormido solo en una casa y menos tan alejado de la gente, no sé en qué momento me venció el sueño.

Al día siguiente al llegar a la escuela me encontré con unos señores quienes me llamaron “maestro”, ¿A quién llamaban de usted?, todo era nuevo y repentino. Amablemente me preguntaron cómo me sentía, si necesitaba algo. Apenado dije que no, que gracias y que estaba bien. Me ofrecieron su apoyo y su hogar por si algún día lo requería, fue muy agradable para mí ya que ellos no tenían hijos en la escuela.

Los días pasaron, algunos muy largos, otros muy cortos, gracias a los niños y a la gente de la comunidad, mucho más soportables. Aprendí que los alumnos no se comportan como me imaginé que lo harían... bueno, ni siquiera actúan de acuerdo a lo que dicen los materiales, la realidad es otra, mucho más compleja e interesante.

Me di cuenta que lo que nos habían dicho en la capacitación es cierto, que solo poniendo atención a la forma de ser de cada uno de los niños podía adecuar mejor las actividades que había planeado y que en ello se encontraba la riqueza de la actividad educativa. Pude sorprenderme cada día, pues tanto los adultos de la comunidad como los pequeños, me enseñaban muchas cosas.

Poco a poco encontré mi lugar en la comunidad, la gente confiaba en mí y los alumnos contaban conmigo, si en algún momento la tristeza

me tocaba con sus fríos dedos, iba de visita a alguna casa para platicar con la gente, fueron ellos los que me confortaron en aquella soledad.

Unos días antes de la reunión de tutoría, me sentí emocionado, por fin vería a mis amigos, estaríamos juntos compartiendo experiencias, nos abrazaríamos, haríamos bromas y cada uno de nosotros platicaría a los demás acerca de cómo sobrevivió en la comunidad.

Y la novela no termina aquí, éste es el relato del primer ciclo escolar, pero les aseguro que todos y cada uno de los nueve años que presté servicio en CONAFE fueron así, emotivos, complejos, entrañables, en cada comunidad que pisé como IC, en cada escuela que estuve, con cada grupo de alumnos que tuve a cargo, sentí como si fuera la primera vez.

A manera de colofón, durante ese tiempo realicé mis estudios de Bachillerato en el sistema abierto, posteriormente ingresé a la UPN dentro la Licenciatura en Educación Primaria. Con la experiencia, el paso de los semestres, materias cursadas, autores, teorías leídas y con el paso del tiempo mi labor docente se fue profesionalizando, la reflexión sobre la práctica llegó para quedarse, logré darle nombre a cada decisión o acción dentro del salón de clase, comencé a sistematizar y enriquecer mis saberes y mis quehaceres profesionales.

Más tarde, en el 2016 logré obtener una plaza por oposición en el servicio educativo público, logré también, el grado de Maestro en Educación Básica por la UPN. Con el pasar de los años pude regresar a aquella comunidad, en la que inicié la bella y noble tarea docente, para compartir todos y cada uno de mis logros personales y profesionales con los abuelitos que cierto día me ofrecieron su hogar. Se convirtieron en mis mejores amigos y entrañables abuelos adoptivos.

El abuelo

Laura Elena Rodríguez Morán¹
Jardín de Niños Graciela Carrillo Ramos
laurardzmoran87@gmail.com

Cuando yo nací el abuelo ya había partido, se fue antes, yo siempre pensé que debía de haberme esperado, que hubiéramos hecho una buena mancuerna, un buen abuelo que aún tenía mucho que ofrecer.

El abuelo según las fotos, tenía su cara gastada, tenía grietas, y ojos con mirada de cristal, yo pensé siempre que el aire y la tierra lo dejaron así.

Recorrió tantos lugares, caminaba con su traje y su sombrero, siempre caminando en la tierra suelta. Cuando escuchaba hablar de él, me lo imaginaba como un personaje de Pedro Páramo, en medio del desierto.

Tiberio era un maestro rural, noble cómo muchos maestros, con una vocación y una creencia de que la educación sería la opción para acabar con la pobreza de los alumnos.

Era tan religioso que se prohibió a él mismo ir a la iglesia en el lugar en el que impartía clases, por ese motivo recorría largos trayectos para acudir a misa en las iglesias de los poblados vecinos.

Educador durante los cristeros, mantuvo su fe ciega en la docencia. Su trayectoria llegó hasta la inspección, en la que fue reconocido por su trabajo, con este ascenso Tiberio llegó a la capital, pero viajaba constantemente a revisar sus escuelas, ya que el maestro rural regresa siempre al lugar en el que fue feliz.

Dejó su testimonio en las fotografías sin color que él mismo atesoró, en estas se observan las escuelas donde trabajó, hay imágenes de festivales y actos cívicos. Parece que el tiempo se detuvo en las fotografías dejando un aire de melancolía.

¹ Maestra en Educación. ORCID: 0009-0005-6822-0370

El abuelo como muchos maestros rurales ofreció a su comunidad todo lo que tenía, ofreció ayuda y sonrisa a sus alumnos, pero también regaló libros, comidas, boletos de camión. El abuelo ya no alcanzó a ver que una escuela lleva su nombre, que una biblioteca en la puerta dice José Tiberio. Llegó temprano a su clase en el cielo como siempre acostumbró.

Yo decidí ser maestra como el abuelo, él ya no lo pudo ver. Estoy esperando ser maestra rural como él. Tengo la esperanza que un día nos vamos a encontrar en el camino y nos sonreiremos.

Estoy segura que todos los maestros que decidimos serlo de corazón conocemos a un abuelo como el mío.



Foto: Paredes de Puebla
Autora: Norma González